

Gran artista.
Con los místicos, creyente. Buen cristiano.
Mal católico apostólico romano.
Y en el fondo, senequista.
Con el Cristo de Velázquez mano a mano,
dialogó cumplidamente,
fervoroso.
Y a los ojos de la gente,
sabio, sí, pero orgulloso
y demente.

Para no estar inactivo, el Don Miguel
que era escándalo y orgullo de Castilla,
hacía pajaritas de papel
o modelaba esferas de masilla.
Y sus dedos inquietos, de patán,
hundiéndose en el fondo del bolsillo,
se movían febriles, con afán
de abejas bullidoras.

Cazurro, sentencioso,
con su filosofía
de arriero castellano,
dicen que malicioso y envidioso.
¿De qué? ¿Qué envidiaría?
No el ruido mundanal y cortesano.
Por la ciudad sentía
el áspero desprecio
que Ovidio y que Fray Luis.
Sordo al halago del aplauso necio,
pero atento a las voces de París,
avizorante, inquieto, buceando
la tinta aún fresca en página impoluta,
iba su plegadera cosechando
de libros nuevos sazónada fruta.
Fruta de poesía y de saber.